

progreso, la otra entre los plañideros de la reacción; presidiendo un cenáculo de oradores madama Rolland, un tropel de cortesanos Antonieta; con el Verbo de la ciencia en el inspirado labio aquélla y ésta con la consigna del tiempo pretérito que se acaba; estrella del Ocaso la inteligencia de Antonieta; estrella del Oriente la inteligencia de madama Rolland; Pitonisa del privilegio la Reina, Pitonisa de la libertad su rival, estaban las dos destinadas al martirio igualmente; mas en el martirio de Antonieta se concluía con ella todo el ideal por quien la infeliz se sacrificaba, mientras en el martirio de su rival, moría el sér fugaz de su persona y quedaba la idealidad incorruptible de su doctrina; y así el cadalso de Antonieta fué un verdadero panteón, mientras el cadalso de madama Rolland un Tabor, pues aquélla se confundía con las modificaciones de lo pasado, y ésta se adelantó á lo porvenir en una maravillosa transfiguración. Y mientras madama Rolland y los girondinos combaten al Rey, Robespierre combate á madama Rolland y á los girondinos. Ya sabía el redómado y pérfido tribuno cuál flaco perdonan menos las democracias á sus jefes, el flaco de infidelidad al interés público, el flaco de inmoralidad en la gestión del Tesoro y Hacienda. No podía decir una palabra que á este respecto fuese creída, ni tratándose de Vergniaud, ni tratándose de Rolland; por eso acostumbraba el taimado á cebarse con furia, ó en Brissot, de cuya honradez nada podía decirse, después de comenzada la revolución, pero cuya historia ofrecía muchos flacos á la crítica, en Brissot, jefe civil de la Gironda, ó en Dumouriez, jefe militar. Este había propuesto una medida, muy ocasionada de suyo á murmuraciones; la demanda de muchos fondos secretos para maniobras diplomáticas, con la condición previa de que no debía dar cuentas, ni de los fondos secretos, ni de las maniobras diplomáticas. Es indudable que los tiempos de lucha internacional exigen muchísimas conjuras misteriosas en la diplomacia, y es indudable también que tales conjuras pueden y necesitan muchos agentes ignorados, cuyos servicios cuestan crecidas cantidades, por lo mismo que han de pagarse con reserva en el silencio y no pueden ser apreciados en su piedra de toque verdadera, en la pública estimación. Uníase á este desaguisado del ministro de Negocios Extranjeros, Dumouriez, otro desaguisado del ministro de la Gobernación, Rolland. Si aquél se había hecho asignar seis millones de francos para sus agencias diplomáticas, éste se había hecho asignar fondos secretos para estipendar publicaciones, en el pensar y en el sentir suyo sanas, y subvencionar publicistas fieles á la libertad. No se atrevía de modo ninguno Robespierre á combatir los procederes de uno y otro: los de Dumouriez, por creerlo muy fuerte; los de Rolland, por creerlo muy honrado. Pero presentaba la vida del primero, su lujo insolente, sus orgías continuas, el amor dispendioso á la hermana de Rivarol, aquellos trenes de su querida, los despilfarros de sus muñidores, su existencia en holgorios y placer entre los dolores de la revolución y los trabajos del gobierno como pruebas de que los seis millones caían en su escarcela propia y no en el culto y servicio de la Nación. Era tan público esto que madame Rolland,

muy convencida de que todo demócrata debía ser un hombre virtuoso, incitaba el puritanismo de su marido, no á combatirlo, pero sí á reprenderlo, con lo cual se lo enagenaban de su escuela y lo impelían hacia sus enemigos. Pero la valerosa dama no padecía grandes apuros por un enemigo más. Tenía tantos y en la hoi a suprema de su ministerio tan recrudecidos de odios contra ella que ni los oía, ni los miraba, muy absorta en la contemplación de su ideal, y muy resuelta, después de haberlo contemplado con éxtasis, á cumplirlo sin vacilación. Su marido aun del todo no estaba desengañado con respecto á la fidelidad del Rey hacia la Constitución; los otros jefes de la Gironda, el mismo Vergniaud, aun aguardaban algún lazo con el Monarca, y por medio del pintor predilecto suyo aún le mandaban advertencias y consejos; pero madama Rolland, más exaltada que todo su partido, más creyente de suyo en el ideal, más inspirada por sus nervios vibrantes que los demás revolucionarios, así en la revolución como en su dogma, especie de sacerdotisa celta ó pitya griega, tramaba y tramaba todos los días la tela ó la red en que habrían de caer sin remedio envueltos los dos Reyes y su tradicional monarquía.

En su pureza, no quería la gran escritora valerse de Dumouriez, por sobradamente pervertido, y en su presencia, del esposo, por sobradamente honrado, para tender y organizar su conjuración; valiése, pues, del ministro de la Guerra, valiése de Servant, quien la consultaba como á su oráculo, y la obedecía como un esclavo. Puesto que, á pesar de la disolución del cuerpo de guardias reales, á pesar del decreto encarcelando en Versalles al generalísimo Brissac, á pesar del armamento irregular dado al pueblo con las picas aún cobraban el barato los caballeros del puñal, era necesario dar dos golpes á las dos cabezas del monstruo de la reacción, al ejército, que la mantenía, y al clero, que la inspiraba. Para someter y acorralar al clero no había más medio que agravar las penalidades contra los curas, al nuevo régimen refractarios; como para tener á raya el ejército no había más remedio que pedir á cada departamento un grupo de patriotas pobados, y uniformándolos y armándolos, formar con ellos, que podrían sumar unos veinte mil, el único cuerpo capaz de amedrentar á la corte y salvar á la revolución, Acercábase un día solemnisimo entre los días solemnes de la democracia; un recuerdo sin igual entre los recuerdos santos de la Historia revolucionaria; una fecha que todo buen patriota llevaba impresa en su memoria y en su vista: la toma del trono de todos los errores, la Bastilla; y había que celebrar esto con una federación sublime, tan inmaculada como la que vieron un día los libres en el Campo de Marte, para que se jurase otra vez la Constitución y se tuviese un ejército que sirviera de seguro á la patria. El combatido y escandaloso licenciamiento de la Guardia real sólo quitaba un obstáculo, quien, ya destruido para fortuna de la Gironda y de la revolución, pedía grandes afirmaciones. Habíanse muchas vías escogido en el esfuerzo de sujetar la reacción audaz; por ninguna pudieron arribar á un resultado. Inútilmente pusieron los girondinos el dedo sobre la llaga con delatar al Congreso nacional el comité aus-

triac; inútilmente asestaron golpe de muerte á la corte indagando la quema del infame libelo de Sevres y poniendo al jefe mayor del palacio regio en calzas prietas; inútilmente hicieron un arco de iglesia con el retén de los Inválidos, relevados por la Guardia real; inútilmente azuzaron á Pétion para que alarmase los ánimos con el anuncio temerario de la fuga del Rey: nada de lo proyectado despedía la chispa que se aguardaba para promover el incendio en cuyas voraces llamas debía consumirse la Monarquía y acrisolarse la revolución. Asíéronse al rápido licenciamiento de los guardias de Corps, en la confianza de que no lo sancionaría el Rey. Pero lo sancionó. Ya no había más remedio que apelar á los dos recursos propuestos por madama Rolland: exacerbar al clero con un aumento de penalidad á sus resistencias y exacerbar al ejército con un campo de patriotas, sito en las cercanías de París. Tras la exacerbación del ejército y la exacerbación del clero, vendría por fuerza una protesta del Rey, que lo pusiera en discordia con la democracia, y concluyera por matar ó la Monarquía, ó la libertad. En estas horas supremas Barnave se despidió de la Reina, después de haber hecho lo posible por servirla dentro de la Constitución. Equivocábase á la verdad el gran tribuno, el rival de Mirabeau, el que había querido salvar la Reina y la señora por culto concebido hacia ella en el momento de su mayor desgracia regia, en la fuga de Varennes, sin acordarse de que la Reina no quería ser salvada con la Constitución, quería ser salvada de la Constitución. Barnave debía tener fatigada la inteligencia, y más fatigada todavía la voluntad en aquel momento de haber sobrellevado el enorme peso de una reconciliación entre la Monarquía y el pueblo. Así, aunque no rendía la cerviz al desengaño, mostraba el desaliento connatural á una tan evidente rota, después de una tan porfiada lucha. Su adiós á la pobre Antonieta no debió ser un adiós á la Reina; debió ser un adiós á la Monarquía. En cuanto á la Reina, inútil decir cómo las aguas tumultuosas del naufragio le llegaban á la boca, y cómo en aquellos esfuerzos y estremecimientos de fe había caído la corona, y por un milagro conservaba todavía la cabeza. Los dos estaban en vías de perderlas en el cadalso. Los dos debían experimentar el escalofrío propio de quien se ve cercano al abismo de la eternidad y quiere sondearlo, ya con su pensamiento, ya con su vista. Todos los sacrificios, el sacrificio de su influjo en los partidos liberales, el sacrificio de su vida que se le iba por arrastres é ímpetus del torrente revolucionario, el sacrificio de su historia, todo había sido inútil al tribuno, porque la divinidad, por quien los hiciera, la Reina, no había querido aceptarlos, siéndole repulsiva toda inteligencia entre la corona y la democracia, puesto que soñaba con la ilusión de aplastar á la una bajo sus pies y ceñirse la otra entera con su antiguo esplendor. Y al mismo tiempo que Barnave se iba desesperado, los girondinos de la derecha se dirigían al Rey para procurarse una inteligencia mayor entre la democracia y la Monarquía, cuando imaginaba en sus adentros el Rey haber llegado más allá de lo lícito y puesto su honra en grave daño aceptando un Ministerio que se llamaba de los amigos del pueblo. Y en esta general neurosis, madama Rolland conspiraba, cogien-

do sus tijeras para cortar el hilo secular de la Monarquía histórica, como una verdadera Parca.

Los dos meses de Mayo y Junio del noventa y dos son terribles para la Monarquía. En ellos se determinaron las causas ocasionales de su ruina como las causas primeras radicaran en las ciencias y en las letras. Un profundo filósofo dijo: la Historia de la Filosofía es la Filosofía de la Historia. El curso de los hechos sigue al curso de las ideas. Cuando veís un relámpago, tardáis algunos segundos en oír el trueno. Pues han estallado uno y otro al mismo tiempo. Si percibís más tarde los estallidos del trueno que los culebros del relámpago estriba esto en la celeridad diversa de la luz y del sonido. La idea tiene una celeridad, el hecho tiene otra. La separación del poder temporal y el poder espiritual, que constituye la base del mundo cristiano, fué propuesta y formulada por los estoicos de Grecia; no se ha realizado, é imperfectamente, hasta nuestros tiempos. La Filosofía renovó en lo alto el espíritu, influyó sobre los pensadores; no llegó al pueblo, sino por medio de las revelaciones revolucionarias, más tonantes que luminosas. Así, una de las dificultades mayores para que la revolución prosperase de suyo, estaba en las antiguas creencias. Y había que renovarlas. Pero una renovación del espíritu colectivo es obra del tiempo, no es obra del Estado. Se consigue por fuerzas á la verdad sociales: no se consigue por fuerzas meramente políticas. Así, había en la revolución ó que separar la Iglesia del Estado, cosa difícil por haberse hallado estos dos factores más de catorce centurias unidos; ó ejercer un poder tal sobre la Iglesia, que se la convirtiera de monárquica en revolucionaria, cosa imposible, porque se necesitaba ejercer sobre tal cuerpo una gran tiranía, y esta tiranía no se acomodaba con los principios de la revolución. Así, escogieron los constituyentes un término medio: respetaron los dogmas de la Iglesia y le dieron otra organización. Mas con esto le causaron igual daño que si tocaran á sus creencias y la pusieron en contra de la Constitución. Los pueblos protestantes prefieren los dogmas á los cánones y de ahí las organizaciones varias en sus Iglesias. Los pueblos romanos creen tanto en sus cánones como en sus dogmas. Parece tan heterodoxo á un católico rancio el que no admite la divinidad de Cristo como el que no admite la forzosa castidad del clero. El celibato eclesiástico parece un dogma como lo parece á su vez el poder temporal. Enteráronse á última hora de esto los viejos católicos mandados por Doelinger, cuando se quedaran fuera de la Iglesia, como los más redomados ateos, después de admitir todos sus dogmas y todos sus cánones, por no admitir el último dogma, proclamado tras el dogma de la Concepción, por no admitir la infalibilidad del Papa. Esencialmente canónica la Roma pontificia, como fué la Roma pagana esencialmente jurídica, guardaba mucho sus leyes y las defendía con empeño; valiéndose de sus excomuniones. Tan furiosa debía ponerse si atacaban sus leyes como si atacaban sus dogmas. Atacaron a quéllas, que les parecían cambiantes, los diputados de la revolución; y se les sublevó la Iglesia. No pudo haber en Francia lo que hubiera en Zu-

rink y su Cantón gracias á Zuinglio, lo que hubiera en Ginebra y su cantón gracias á Calvino, lo que hubiera en Holanda y su Estado gracias á los discípulos de Calvino, lo que hubiera en América gracias á los puritanos; un espíritu religioso en armonía y consonancia con el difícil y complicado régimen republicano. La Iglesia fué monárquica; y como fué monárquica, estuvo en guerra con la revolución. Esta guerra se recrudeció bajo el gobierno de los girondinos. Cuando comenzaba el grande conflicto internacional contra el poder de los Reyes y á favor del derecho de los pueblos, necesitábase dinero, mucho dinero, por ser éste sin duda el nervio de la guerra. Pues los sacerdotes refractarios á la Constitución amenazaban al fiel que pagase los tributos con las llamas del infierno. Así, mientras el extranjero sitiaba la Revolución por medio de sus armas, el clérigo sitiaba la Revolución por medio de sus ideas. La persecución de los injuramentados infligida continuamente á los juramentados, resultaba implacable. Y las resistencias opuestas á todo el régimen revolucionario invencibles. Manteniendo ellos la guerra, no podía ser, no, contestarles con la paz. Como su mayor poder era sobre los espíritus, y su mayor dominio estaba en las conciencias, conseguíase muy poco persiguiéndolos judicialmente; su conspiración perpetua contra la patria y la libertad no se sujetaba de modo ninguno á prueba y no podía sobre tamaña calamidad ejercerse ninguna jurisdicción judicial. Rolland representó las sentencias fulminadas sobre los manipuladores eclesiásticos y sobre las manipulaciones en cuarenta y dos departamentos. Pero los castigados aparecían maestros en el arte de burlar los castigos, y persiguiéndoles uno á uno, por procedimientos y sentencias judiciales, perseguían en realidad verdaderos fantasmas, pues mientras relampagueaba la guerra de invasión por las fronteras francesas en Bélgica, Saboya y Alemania, la guerra civil ardía ya en el corazón de Bretaña.

¡Cuál abismo la materia religiosa! Los espíritus superiores profesaban la Filosofía; los pueblos la Religión. ¿Qué puente se podía tender entre las ideas de los unos y las creencias de los otros, completamente incompatibles? Todos los filósofos combatían la Religión, y ninguno la reemplazaba. Elidió el gran Montesquieu, por temor á la censura y á la Inquisición, en sus estudios prácticos sobre política, la Religión. Entre todos los pensadores verdaderamente revolucionarios, el único embargado por la idea religiosa fué Rousseau. La profesión de fe suya en el Vicario saboyano influyó con influencia decisiva, y tuvo poder omnímudo sobre la vasta mente de madama Rolland. Pero engáñase Quinet al sostener en su profundo libro sobre la Revolución francesa, que tal profesión de fe inspiró en América la Iglesia unitaria, creyente de suyo en la Moral, pero no en la divinidad del Redentor. La iglesia unitaria nació de otras ideas, más bien españolas é italianas, que francesas; y obedeció el impulso de otros hechos. Ninguna filosofía puede ser una religión, como ninguna religión puede ser una filosofía. Necesita ésta de un raciocinio claro como el sol; necesita por su parte aquélla de un misterio impenetrable, como necesitan los astros, que no

son el sol nuestro, de la noche para brillar. Estaba Rousseau persuadido profundamente de que su profesión de fe no servía por ningún lado para fundar una religión. Así, exclamaba: «dada la perplejidad en que vivimos, juzgo inexcusable vanidad la profesión de un culto que no sea el culto donde cada cual ha nacido». Quería que los curas dijese misa y observaran todos los cánones y predicaran sobre todas las creencias y comulgaran y confesaran, escrupulosos observantes, sin creer jamás en la Iglesia, teniendo dentro el cuerpo, fuera el alma, y no pensaba que, al hurtarle hipócritas lo más espiritual é interno, el alma, hurtábanle también la conciencia. Nada tan fácil á los Rollands como abrazar la fe del Vicario saboyano, amén de la Moral del polígrafo Plutarco; pero nada tan fácil al pueblo, cuya soberanía se proclamaba, y cuyo reinado iba cada vez más llegando, y de prisa; nada más difícil al pueblo, esencialmente católico, y que respetaba en los curas el dogma y la moral, todo lo concerniente al espíritu, mientras aborrecía todo lo en ellos concerniente al poder y á la política. Decían los escolásticos, en mi sentir con mucha razón, que la grave dificultad intelectual está en distinguir los semejantes. Las desemejanzas se ven á una con gran facilidad y con facilidad también se confunden y se identifican las semejanzas, por lo poco comprensible de las diferencias, sólo penetradas de las gentes asistidas por una fina penetración intelectual. Son muy semejantes al influjo político y al influjo religioso de la Iglesia. El toque de la dificultad está en discernir y separar lo que legítimamente le corresponde y toca en la religión de aquello que por modo ilegítimo asume y se arroga en la política. Necesitaba Francia una Iglesia y un clero; pero estando esta Iglesia y este clero unidos por lazos indisolubles con el antiguo régimen, á su vez necesitaba segarles bajo los pies todo el influjo político. Y, al segarlos bajo los pies todo el influjo político, por aquello de lo difícil que es distinguir los semejantes, los había cortado, no sólo el influjo, los pies también. Así, revolviábase los clérigos airados contra la Revolución y los revolucionarios. En unas cosas tenían éstos razón patente contra el clero; y en otras el clero tenía razón patente contra la Revolución. Había hecho ésta bien al vender los bienes eclesiásticos, propiedad de la nación, que se los diera por entidad en lo antiguo indispensable al Estado, y que se les podía quitar por el carácter oficial de la Iglesia, como le podía quitar este mismo carácter oficial. Había hecho bien alzándose con el feudo eclesiásticos, de Aviñón, incorporándolo á la patria; pues conocido es el origen, ya violento, ya corrompido, de tales feudos en el bárbaro y cruel feudalismo. El mundo estaba ya muy lejos de los feudatarios eclesiásticos. Mas erró con capital error la revolución al proclamar una Constitución civil del clero, y dividir á éste con temeridad en clero juramentado é injuramentado. Había, pues, una guerra civil en los ánimos, y esta guerra civil en los ánimos había de acabar por traer una guerra civil en los pueblos. Debió recrudecerse tal guerra bajo los jirondinos; primero, porque parecía su reinado el reinado de la Filosofía, y después porque madama Rolland, movida por la electricidad y el magnetismo de su agitadísima red nerviosa, no